

concepto, tanto como me gustaba mientras estuve escribiéndole. Es obscuro, y sin que ningún rayo de luz le dé relieve alguno (1). Esta es falta del asunto más bien que del pintor; pero trastorna el efecto del retrato. Y así, á las muchas razones que todo hombre decente tiene para odiar á Barère, puedo yo añadir una razón exclusivamente personal: y es que el exceso de su bajeza corrompe mi escrito sobre él.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

(1) Cualquier cosa que sea falsa, vergonzosa, injusta, impura, aborrecible, de mala opinión, si hay en ellas algún vicio, alguna infamia, todas estas cosas están mezcladas en Barère.

CAPITULO VI

1844-47.

Cartas á Mr. Napier.—Macaulay modifica sus propósitos por un artículo sobre Burke y su tiempo, en un bosquejo de los últimos años de lord Chatham.—Expedición por Holanda.—Escena en Dordrecht.—Opinión de Macaulay acerca de la Iglesia irlandesa.—Maynooth.—La crisis ministerial de Diciembre de 1845: cartas á lady Trevelyan.—Carta á Mr. Macfarlan.—Caída de Sir Roberto Peel.—Macaulay es hecho pagador general.—Su reelección en Edimburgo.—Su posición en la Cámara de los Comunes.—Reelección general de 1847.—Derrota de Macaulay en Edimburgo.

Albany; Londres, 14 Agosto 1844.

Querido Napier: He trabajado mucho para usted la última semana, cubriendo con tonterías muchos pliegos de papel, y ahora me encuentro que he tomado un asunto que no se puede manejar (1). No hay necesidad de materiales; por el contrario, hechos é ideas, ambos

(1) El asunto inmanejable era un estudio de la vida y escritos de Burke. «Desearía—escribe Macaulay—decir mucho acerca de las revoluciones ministeriales de la primera parte del reinado de Jorge III; acerca de los caracteres de Bute, Mansfield, Chatham, Townshend, Jorge Grenville y muchos otros; acerca de las sátiras de Vieke y Churchill y todo lo demás. Deseo también hacer algo en un examen crítico acerca de lo sublime y la belleza para exponer algunas ideas sobre el asunto que andan rondando en mi cabeza desde hace mucho tiempo. Pero esto sería demasiado para un artículo largo; y cuando estuviera dicho, habría llevado á Burke tan sólo al umbral de la Cámara de los Comunes, quedarían todavía la guerra americana, la coalición, la acusación pública de Hastings, la revolución francesa»

interesantes y nuevos, son abundantes; pero esta misma abundancia me desanima. El escenario es demasiado pequeño para los actores, y el lienzo demasiado estrecho para tanta figura. Es absolutamente necesario que cambie mi plan por completo. Yo quiero intentar escribir para usted, no una historia de Inglaterra durante la primera parte del reinado de Jorge III, sino una relación de los últimos años de la vida de lord Chatham. He prometido ó semiprometido al menos esto hace diez años, al fin de mi revista del libro de Chacheray. La mayor parte de lo que he escrito puede venirme muy bien. Del cuarto volumen de la correspondencia de Chatham no se ha hecho todavía estudio alguno, que yo sepa. Puede dar asunto para un artículo.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Una semana más tarde escribía Macaulay: «El artículo sobre Chatham marcha sin dificultad. Una gran parte de los datos que tengo están todavía en notas; las memorias acerca del reinado de Jorge III, de Horacio Walpole; y el primer Diario de lord Holland, que lady Holland me ha permitido leer. Tengo intención de estar con usted el sábado 31, y podría con facilidad adelantar mi visita al martes, pero no quiero convertirme en mi propio tirano. Es ciertamente más agradable representarse un lugar como Paisley ó Wolverhampton, que uno como Edimburgo. Hallam ó Everett podrían gozar de la sociedad y curiosidades de nuestra bella ciudad; pero yo soy una persona á quien están prohibidas todas estas bellas cosas.

Poco tiempo antes de la llegada de Macaulay á la

India, un jurisconsulto, empleado como residente en una corte del país, vino bajo la sospecha de haber hecho uso de su posición para enriquecerse por medios ilícitos. Se enviaron las cuentas por un propio á través de Persia, influyendo en su favor mediante grandes sumas de dinero sobre la misma Compañía de las Indias orientales. El consejo de los directores naturalmente se alarmó, y envió un aviso al gobernador general, quien escribió al oficial en cuestión, invitándole á dar cuenta de su conducta ante la comisión de información. Pero el pájaro había volado. El poco ha residente estaba en camino para Europa, y su respuesta á lord Guillermo Bentinck, en que rehusaba atentamente el ofrecimiento de una investigación, era dirigido desde Sandheads á las bocas de Hooghly. Las cartas siguientes indicarán suficientemente el aspecto bajo el cual presentaba Macaulay la transacción. Su conducta en esta ocasión podrá parecer dura sin motivo á aquella parte de la sociedad que, en su relación con bribones llenos de oro, tiene buen cuidado de no caer del lado de la tolerancia; pero el mayor número de los lectores pensará bien de ella, á causa de que al hallarse en compañía discutible, obedecía aquella conducta al instinto que le sugirió establecerla sobre su dignidad como un hombre decente.

Rotterdam, 9 Octubre 1844.

Querida Ana: Después de un día muy agradable en Anvères, salté á las siete de la mañana de ayer del vapor en Rotterdam. A bordo tuve una conversación singular, que creo os hubiese divertido mucho á ti y á Trevelyan. Cuando pasábamos por Dordrecht, uno de los pasajeros, un inglés, dijo que no había visto jamás

nada semejante, y que en parte le recordaba algunos sitios de la ciudad del Cabo, y yo dije que sí. Entonces un caballero, ya de más edad, se apoderó de mí inmediatamente, diciéndome:—¿Ha estado usted en el Cabo, señor?—¡Sí, señor!—¿Quizá haya estado usted en la India!—¡Sí, señor!—Querida mía, aquí hay también un caballero que ha estado en la India, y me llamó la atención hacia una mujer vulgar, de mal aspecto, que parecía esposa de mi interlocutor, y hacia su hija, una muchacha bastante bella, pero que no tenía nada de señora.—¿Y cómo le iba á usted en la India? ¿No es el lugar más delicioso del mundo?—Bastante bueno, dije yo, para lugar de destierro.—¡Lugar de destierro!, dijo la señora; yo, por el contrario, creo que las gentes están desterradas cuando se hallan fuera de la India.—Yo jamás tengo, dijo el caballero de edad, un día de buena salud desde que he dejado aquel país.—Siguió á esto una pequeña conversación acerca de los mangos y pez mango, punkaks y palanquines, hormigas blancas y riñas de gallos. Yo sostuve, como generalmente hago en tales ocasiones, que todos los frutos de los trópicos no valen lo que una cestita de fresa de Covent Garden, y que una habitación de tercer piso en Londres es mejor que un palacio en Chowringhee. Mi caballero aseguraba, con mucha vehemencia, que la India era el único país para vivir.—Yo fui allí, dijo, á los diez y seis años, en 1800, y he permanecido hasta 1830, que me jubilaron, y permanecería todavía allí si la Compañía no me hubiera jubilado; allí quiero concluir mis días.—Yo no podía concebir que se hubiese jubilado entonces por viejo á un hombre que tenía solamente cuarenta y seis años, y que, por consecuencia, era más joven que la mayor parte de los oficiales del ejército indo que es-

tán en campaña y que una mitad de los empleados civiles, pero me abstuve por mera educación de interrogarle sobre esta cuestión.

El no tuvo conmigo esta cortesía, porque me preguntó inmediatamente:—¿Cuánto tiempo ha estado usted en la India?—Cuatro ó cinco años.—¿Supongo que será usted un sacerdote? Si él sacó su inducción de la santidad de mis miradas ó del color aceituna de mi traje y manta, no me atrevo á conjeturarlo; respondí que no tenía el honor de pertenecer á la profesión sagrada.—¿Un caballero del comercio, á no dudarle?—No. Entonces su curiosidad, olvidándose de la mejor de todas las leyes de la buena educación, atacó directamente la cuestión:—¿Puedo preguntar, señor, á quién tengo el honor de hablar?—Ya se lo dije.—¡Oh, señor!, dijo él. ¿Usted habrá oído hablar de mí frecuentemente. Soy Mr.*** y he estado mucho tiempo en Lucknow.—¡Oído hablar de usted!, pensé yo. ¡Y hermosa relación he oído! Me hubiese vuelto hacia él y hubiese pasado adelante si su hija no hubiera estado tan próxima á nosotros, pues aunque era un bribón, no quise afrentarle en presencia de ella, limitándome á decirle en el tono más frío posible, á la par que le miraba fijamente:—Ciertamente, he oído hablar de Mr.***—Contestó él:—Usted se referirá, creo yo, á un empleado civil que produjo una sublevación cuando sir Eduardo Colebrook. Tuve en mis labios para decirle:—Sí, fué por medio de mi cuñado por quien sir Eduardo fué dejado cesante; pero me dominé, y únicamente le dije que yo me refería á Mr. Trevelyan, y entonces él llamó al repostero y pretendió con verdadero interés, aunque sin conseguirlo, que me sentara con él á tomar una taza de café. Mientras el criado me cambiaba un Guillermo

de oro, yo me separé de aquel viejo bellaco, yéndome al otro extremo de la popa y tomé un libro, evitando mirarle durante todo el resto del pasaje. Y con todo, yo no pude remediar pensar un poco mejor de él por lo que había acontecido, porque yo me acordaba de lo que el pobre Macnaghten me decía una vez en Ootacamund:—Tiene en verdad la excusa que Colebrook y otros no han tenido; porque es tan tonto, que con dificultad se le puede llamar agente responsable. Jamás he conocido tontería semejante á aquella de que he sido testigo. Si hubiese sido un hombre de sentido común, habría evitado toda alusión á la India, ó si acaso, hubiese hablado de la India tan sólo como las gentes que tienen de referencia algún conocimiento de su historia. Debíó conocer que yo fui secretario del consejo del contrarregistro cuando aquel consejo expresó su entero acuerdo en las medidas tomadas por la Compañía contra él.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Cuatro días más tarde escribía Macaulay desde Amsterdam: «Todo el camino, hasta aquí, me ha venido molestando aquel individuo, y probablemente me seguirá molestando todo el resto del viaje. Hemos ido á parar casi á las mismas fondas, casi á la misma hora vamos á visitar los Museos y nos hemos encontrado tan juntos como ha sido posible, viajando en la misma diligencia. Resueltamente huyo de aquel viejo bribón y hago como que no le veo. El comprende perfectamente mi intención y me mira como si estuviese en el cepo. Pero no es agradable tener diariamente estas escenas en presencia de su mujer é hija.

Durante 1844 y 1845, Macaulay habló diversas veces en la Cámara de los Comunes. Consiguió la gratitud de los unitarios por su vindicación llena de éxito de su disputado título de posesión de sus propias capillas y cementerios. La condena de los textos teológicos en las Universidades escocesas y su ataque valeroso á la Iglesia de Irlanda le valió la confianza de aquellos disidentes de Edimburgo, cuyo favor había perdido injustamente en tiempos pasados. Es difícil concebir cómo los presbiterianos unidos y los partidarios de la Iglesia libre desde el rompimiento, podían hallar razones para disputar con un representante que era capaz de sostener y estaba dispuesto á pronunciar una declaración como esta: «Hablo sin ira y sin el menor deseo de despertarla en los demás; no hablo tampoco con exageraciones retóricas; ya estoy tranquilo y deliberadamente expresando en los términos más apropiados una opinión que he formado hace muchos años, que todas mis observaciones y reflexiones han confirmado, y que estoy dispuesto á sostener, con razones, cuando digo que de todas las instituciones del mundo civilizado la Iglesia establecida en Irlanda me parece la más absurda.»

Cuando sir Jacobo Graham fué llamado á dar cuenta de la apertura de los sobres de Mazzini, Macaulay atacó á aquel infausto hombre de Estado en un discurso que, al escribir á su corresposal, menciona como habiendo caído «semejante á una bomba en un almacén de pólvora». Además tomó una parte activa y muy notable en la acalorada controversia que se promovió acerca de la medida, en virtud de la cual la cuestión del Colegio de Maynooth había quedado abandonada durante veinticinco años. El párrafo, saturado de vida y color, en que pinta el contraste que

ofrece la suciedad y miseria del seminario irlandés con la riqueza y bienestar de los colegios de Cambridge y Oxford, puede colocarse á nivel más alto que ningún otro ejemplo de su oratoria, según la opinión de los alumnos mismos, y especialmente de aquellos que miran impacientemente hacia el porvenir del bienestar material de la marcha de una Universidad (1). Pero los hombres que conocen las tentaciones y ansiedades que yacen bajo el brillo de un éxito parlamentario, dan su preferencia á las declaraciones terminantes; declaraciones más honrosas para el que las hizo que las más bellas y famosas de sus peroraciones. «Sí, señores, para este bill y para todos aquellos que de un modo semejante prometan la unión real de la gran Bretaña é Irlanda, daré mi apoyo, sin murmuración de ningún género, y sin preocuparme del riesgo que puedo correr de perder mi asiento en el Parlamento, porque tal despreocupación he aprendi-

(1) Cuando recuerdo las espaciadas y magníficas mansiones de los jefes de la casa, las cámaras cómodas de los compañeros y escolares, los refectorios, los salones de reunión, de juego de bolos, los establos, el lujo de los grandes días de fiesta, las pilas de plata antigua sobre las mesas, los aromáticos vapores de las cocinas, la multitud de gansos y capones dando vueltas á la vez en los asadores, los océanos de excelente cerveza en las bodegas; y cuando recuerdo de dónde proceden este esplendor y grandeza; cuando recuerdo que han sido hijos del amor de Eduardo III y Enrique VI, de Margarita de Anjou y Margarita de Richmond, de Guillermo de Whykeham y Guillermo Waynefleet, del arzobispo Chichelly y del cardenal Wolsey; cuando recuerdo lo que hemos tomado de los católicos romanos, Colegio del Rey, Colegio nuevo, de la Iglesia de Cristo y mi propia Trinidad; y cuando veo el Dotheboy Hall que les hemos dado en cambio, siento, debo reconocerlo, siento menos orgullo del que deseara siendo protestante y discípulo de Cambridge.—Página 366 de los discursos de Macaulay.

do á considerarla como una verdadera gloria; proponiéndome conservar mi asiento á cambio de cualquier acto ignominioso, y estoy seguro que no podré perderlo en una causa más honrosa.» Estas palabras no fueron vanos floreos de un orador hábil, seguro de la impunidad, y ansioso únicamente del aplauso, que es el premio indudable de una exhibición de valor y desinterés que nada cueste. Fueron por el contrario dichas con toda seriedad, y dictadas por una esperanza de impedir los disturbios de los acontecimientos que pudieran sobrevenir.

En Septiembre de 1853, cuando Macaulay, muy contra su voluntad, estaba preparando sus discursos para publicarlos, anotaba en su diario: «Después del almuerzo he terminado los últimos párrafos del discurso de Maynoot. ¡Cuán pálido veía al pobre Peel mientras yo hablaba! Recuerdo el efecto que le hicieron mis palabras:—¡Ahi están sentados!—Tengo una carta de un traductor holandés que está asustado, no admirado, por la severidad de algunos de mis discursos, porque no conoce nada de la lucha de los partidos en nuestro país.»

Peel pudo comprender muy bien la burla que de él hacían públicamente sus terribles aliados, que aun en su mayor necesidad impusieron duro precio del apoyo de Macaulay y su partido. Existía demasiado fundamento para los reproches de aquellos que, teniendo odio á una amarga experiencia, confiáronse por segunda vez al muy noble baronet, y se encuentran ahora de nuevo engañados. Fué también práctica suya, cuando estaban en la oposición, hacer uso de las pasiones hacia las cuales no tienen la más ligera simpatía, y de los prejuicios que miran con su profundo desprecio. Luego, tan pronto como se hallan en

el poder, cambian completamente. Los instrumentos con que hicieron su trabajo son arrojados á un lado, y el jefe que les ayudó á subir fué tratado á punta-piés. ¿Podemos admirarnos de que los honrados y apasionados protestantes que os elevaron al poder en la confiada esperanza que deseabais cercenar los privilegios de los católicos romanos, gruñeran cuando propusisteis dar dinero público á los católicos? ¿Podemos admirarnos de que, desde uno de los extremos del país al otro, esté en confusión y tumulto; que las preguntas, noche tras noche, caigan sobre nuestros bancos como una tormenta de nieve? ¿Podemos admirarnos de que el pueblo se exaspere al ver muchos hombres que, cuando estábamos en las oficinas, votaron contra la concesión para Maynoobh, ahora heridos y arrojados de las Cámaras de los Comunes por vuestro empeño funesto en votar una concesión aumentada? Las consecuencias naturales siguieron. Todos aquellos espíritus fieros, á quienes gritabais hasta cansarlos, ahora se vuelven alrededor y comienzan á acosaros. El organista levanta su grito de guerra; Exeter Hall eleva sordos rumores; Mr. Macneile tiembla al ver el más costoso festín que jamás proveyó los sacerdotes de Baal la mesa de la reina, y los activos protestantes de Dublín claman por la cortapisa en inglés excesivamente malo. ¿Pero qué aguardáis? ¿Aguardáis, acaso, á llamar en vuestro auxilio al demonio, que está igualmente dispuesto á auxiliarnos como á volveros la espalda? ¿Qué intentáis cuando, sesión tras sesión, os oponéis y obligáis á retraerse á aquellos que sabéis están en lo justo, y por otro lado, insinuáis las peores pasiones de aquellos que conocéis bien como hombres inmorales, creyendo sin duda que jamás vendrá el día de las cuentas? Ha venido ya, y

ahí os halláis sentados haciendo penitencia por vuestra doblez de los años pasados.

Entre la Cámara de los Comunes y su historia, Macaulay no tenía tiempo que consagrar á escribir artículos. Pronto se esparció el rumor por los periódicos, en 1845, que había dejado de estar en buenas relaciones con la *Revista de Edimburgo*, é inmediatamente él se apresuró á asegurar á Mr. Napier que aquel rumor no había nacido de él; pero en la misma carta le anunciaba su resolución de ocuparse exclusivamente de trabajar en su historia hasta completar la primera parte. «Si no tomo esta resolución, mi historia perecerá en embrión, como la del pobre Mackintosh. Tan pronto como haya terminado los dos primeros volúmenes, estoy dispuesto á ayudar á usted de nuevo; pero es difícil decir ahora cuándo sucederá esto (1). Los asuntos parlamentarios me impiden escribir una línea. Me estoy preparando para el debate con lord Juan sobre el azúcar, y con José Hume sobre la India; que es una de mis desgracias, desgracia que, me aflige decirlo, es completamente incurable en mí, no poder aplicar mi inteligencia con intensidad á diversos asuntos á la vez. Cuando se aproxima una discusión en la que he de tomar parte, es inútil que me sienta delante de mi mesa á escribir historia, porque bien pronto tengo que levantarme disgustado de no hacer nada.»

Londres, 11 de Diciembre 1845.

Querida Ana: Me he detenido unos cuantos minutos en el cuarto de Ellis sin tener nada que hacer, y de-

(1) Nunca volvió Macaulay á escribir para la *Revista de Edimburgo*.